LA GUARIDA DEL DIABLO

Drama en un acto dividido en dos cuadros y en prosa

POR

RICARDO BAYARRI (LAUCSAP)





IMPRENTA DE FRANCISCO VIVES MORA

REPARTO

SOFÍA.	Srta. Martínez.
CARLOTA.	Sra. de Martínez.
GUILLERMO.	Sr. Martínez.
JORGE.	» Cirera.
UN CURA.	» Quesada.
ERMITAÑO..	» Domínguez.
BANDIDOS 1.° y 2.° . .	
UNO.	
Bandidos, Mosqueteros.	

La acción del drama pasa en Francia, época á mediados del siglo XVI.

DEDICADA

Á

DOÑA MARIA PIERA RUBIRA

Desde que unidos fuimos con el divino consentimiento del Creador y del amor, anhelo pagarte el sincero cariño que en mí fijaste. Pues nada más justo que dedicarte una de mis obras, para que el vulgo admire en tí una esposa modelo con tu bondadoso

RICARDO.

ACTO ÚNICO.

La escena representa una morada pobre; un banco y una mesa con un jarro. Puerta al foro; al fondo de ella follaje.

ESCENA PRIMERA.

SOFÍA, sentada en el banco pensativa. CARLOTA, de pié junto á ella. A poco GUILLERMO por el foro.

SOF. A mí misma me doy horror al considerar que debo la existencia á un sér tan malvado.

CAR. ¡Cuando pienso que le he respetado siempre, como si fuese un hombre de honradez superior á la de todos los demás!...

SOF. ¡Y yo, que le amaba con todo mi corazón y que temía no ser bastante digna de él!

CAR. Pues ¿y vuestro amante? ¿Os acordáis?

SOF. ¡Dios mío!

CAR. ¿Qué tenéis, hija, qué tenéis?

SOF. He cometido una imprudencia que puede costar la vida al pobre Jorge.

CAR. ¿Vos?... ¿Cómo?

SOF. ¿No recuerdas que ayer, antes de salir del bosque, entregué á un leñador las señas del sitio donde íbamos?

CAR. Sí, en verdad.

SOF. Jorge me ama, y en cuanto habrá recibido aquellas pocas malhadadas letras...

CAR. ¡Oh, tenéis razón! ¿Cómo evitarlo? El peligro es mayor de lo que os figuráis; vuestro padre odia á Jorge, como Satán á Dios.

SOF. ¿Le has oído á mi padre hablar de él?

CAR. Sí.

SOF. ¿Y qué decía?...

CAR. Ha jurado cien veces que si le echa la mano encima...

SOF. ¿Qué? ¡acaba!

CAR. Ha dicho que le daría...

SOF. ¿Muerte?... ¿no es eso?

CAR. Sí, ¡muerte cruel!...

SOF. ¡Oh! ¡esto es injusto, abominable, infernal! yo no puedo permitirlo: ¿he dicho permitirlo? ¿y quién soy yo, pobre de mí, para luchar contra el destino? ¡Yo no quiero que Jorge muera! ¡nó, y mil veces nó!

ESCENA II.

Dichas, GUILLERMO por el foro, el ERMITAÑO por la derecha.

GUI. ¡Rayos y truenos! ¿qué es esto?

CAR. Señor... es... que...

SOF. Padre mío...

GUI. ¡Hola!

ERM. Señor.

GUI. Conduce á mi hija á sus habitaciones.

SOF. Padre, escuchadme por Dios.

GUI. ¡Obedeced!

(Vasen Sofía y el ermitaño por la izquierda.)

ESCENA III.

CARLOTA, GUILLERMO.

GUI. ¿Qué le habéis dicho para que de tal modo se trastornara, vieja de Satanás?

CAR. Yo, nada, señor.

GUI. Es imposible, vieja maldita. Vos sin duda le habéis dicho algo que aumentase su miedo, su horror hacia mí, porque esa es la idea que más fija tiene en su mente. ¡Si de cierto lo supiera, ahora mismo os retorcía el pescuezo!

CAR. Os lo juro, señor, por el cielo, que yo no he hecho nada de lo que vos presumís. Ella ha sido la que se ha alarmado justamente.

GUI. ¿Con qué motivo? ¡Pronto! quiero saberlo. (Desenvaina el puñal y le apunta al corazón con energía.) Si ahora mismo no me reveláis eso que sabéis, le doy más empuje á mi brazo y os encontráis con la agonía de la muerte. ¿Me lo decís? ¿sí ó nó?

CAR. Sí...

GUI. Hablad pues pronto y claro.

CAR. Pues al llegar á cierta parte del bosque, vos os apeásteis.

GUI. Sí, y volví á subir al coche: ya lo sé, adelante.

CAR. Es que antes de subir vos, pasó un leñador junto á nosotras.

GUI. (alarmado) ¿Y qué?

CAR. Sofía le hizo señal de que se acercara.

GUI. Proseguid.

CAR. El leñador llegó y entonces Sofía...

GUI. ¿Qué? ¡proseguid con mil diablos!

CAR. Le arrojó un papel...

GUI. ¡Un papel!... ¿qué decía? ¿Era una delación? Mi hija en él me entregaba á la justicia, ¿no es eso?

CAR. Nó, señor.

GUI. Mirad... que si me engañáis...

CAR. Os digo la verdad.

GUI. Jurádmelo.

CAR. Os lo juro por Dios, señor.

GUI. No, jurádmelo por vuestra vida.

CAR. Os lo juro por mi vida.

GUI. ¿A quién iba dirigido ese maldito papel?

CAR. A Jorge.

GUI. ¿Su amante?

CAR. Sí, señor.

GUI. ¡Ah!... ¿qué decía el billete?

CAR. Decía, señor, que vuestra casa de campo estaba al extremo opuesto del bosque.

GUI. ¿Qué más decía?

CAR. Nada más, señor.

GUI. No es posible.

CAR. No lo dudéis, señor. Ni vuestra hija tuvo tiempo para escribir otra cosa, pues vos volvísteis al coche en seguida, ni...

GUI. ¿Qué íbais á decir? Acabad.

CAR. Ni me parece que un amante necesite saber más que dónde se halla su amada para ir á reunirse con ella, y como ese era el único objeto que la pobre Sofía se proponía...

GUI. (Mirándola hito á hito.) ¿Sabéis que si me engañáis os va á costar la vida?

CAR. Os lo he jurado, señor, que era la pura verdad lo que os iba á decir.

GUI. ¿Ningún pormenor?...

CAR. Nada absolutamente.

GUI. Lo decís temblorosa...

CAR. Es que me hace temblar vuestra mirada y esa voz de trueno que nunca os había oído.

GUI. Motivo tenéis para temblar si tratáis de engañarme; si no, tranquilizaos, que con vos no va nada. Ahora quien debe temblar es él.

CAR. ¿Quién, Jorge?

GUI. Sí, ¡Jorge! que vendrá en busca de su amor y hallará la muerte.

CAR. ¡Jesús mil veces!

GUI. ¡Silencio, bruja!

CAR. Pero, señor, seríais capaz...

GUI. ¿De matarle? ¡Bah! Otros lo merecían menos, y sin embargo perecieron bajo mi puñal; con que dejaos de tontunas y retiraos á cuidar de mi hija.

CAR. Con vuestro permiso.

GUI. Anda, bruja.

CAR. (¡En qué parará todo esto, Dios mío!) (Hace medio mutis para retirarse y Guillermo la detiene.)

GUI. Decid.

CAR. ¿Qué mandáis, señor.

GUI. ¿Le dísteis dinero al leñador que había de llevar el billete?

CAR. Señor... le dió vuestra hija dos monedas de oro.

GUI. (Dos monedas...) ¡despejad!...

CAR. (Es un diablo). (Vase por la izquierda.)

GUI. ¡Oh!... ¡El es el autor de la deshonra de mi hija! ¡El! el que me ha obligado á sacarla de la ciudad, lo cual me ha forzado á darla á conocer mi verdadera profesión de ladrón. ¡El! el que la tiene sumergida en el lodo, ha-

ciéndola perder hasta el juício! ¡Oh!... ¡aquí sabrás el precio que tiene una deshonra!... (Váse derecha.)

ESCENA IV.

JORGE al fondo del foro. A poco el ERMITAÑO por la izquierda.

JOR. ¿Esta no será la casa? el ermitaño tendrá noticias de ella.

ERM. (Por izquierda.) (Un caballero, buen pájaro al parecer). (Rezando.) Padre nuestro...

JOR. (Desde el foro.) Dios os guarde.

ERM. (Hagamos el santón.)

JOR. Decidme, santo varón, ¿tendréis, por caridad, un poco de agua para un viajero rendido de fatiga, y Dios os lo pagará?

ERM. El buen pagador es Dios. No llame santos sino á los varones que por su santidad reverencia la Iglesia en sus altares. En cuanto al agua, os la daré tersa y fresca y con ella las gracias porque me facilitáis ocasión de ejercer una obra de misericordia: dar de beber al sediento; y si os servís entrar en esta pobre casa, podréis tomar descanso cuanto os fuere menester. (Jorge entra.)

JOR. Con sumo placer lo acepto.

ERM. Tomad asiento en este banco de madera que es mi descanso, y si además de tener sed tenéis hambre, decidlo.

JOR. Sobre todo agua.

ERM. Ahí la tenéis. (Señalándole el jarro que hay sobre la mesa.)

JOR. (Se sienta, coje el jarro y bebe.) Acaso extrañaréis que un joven de mi porte salga á estas horas de un espeso bosque muerto de fatiga y de sed, pero...

ERM. Yo no extraño nada ni de nada me admiro.

JOR. Lo digo porque podríais tomarme por un malhechor que huye de la justicia y no soy sino un hombre honrado que...

ERM. Yo no soy ministro de justicia ni curioso, sino un pobre hombre retirado del mundo, que no siempre obra como debe con respeto á Dios.

ESCENA V.

Dichos y GUILLERMO por la derecha. A poco varios bandidos.

GUI. (Al ermitaño.) ¡Oye tú! (Se fija en Jorge.) ¡Ah!... ¡Jorge! (Echa mano al puñal.)

JOR. (¡Cielos, el padre de Sofía!) (Levantándose rápido.) Sí, Jorge, que ama á vuestra hija. Herid.

GUI. ¡El diablo te ha valido! (Al ermitaño.) Y tú qué haces aquí? ¡mándria!

ERM. Esperaba órdenes...

GUI. ¡Despejad! ¡mal rayo!

ERM. (Hay tempestad.) (Váse derecha.)

GUI. ¡Burlastes á la hija del bandolero y ahora querías sin duda chasquear al padre! (Saca un pito del chaleco y silba; al momento salen por la derecha varios bandidos.)
(A los bandidos.) ¡A ver! atadle bien. (Le atan.)

JOR. (Traidores.)

UNO. Es duro como una peña.

GUI. Así quiero yo á los míos. Retiraos. (Vánse los bandidos por la derecha.) Ya sabes que soy padre de Sofía. Soy además el jefe de los bandidos que acabas de ver, y de otros que verías si te conviniera ó me conviniera á mí. En la ciudad no podía daros á mi hija; allí me era conveniente ser tenido por capitán de navío. Casarla era ponerme en inmediato peligro de que mi verdadera profesión fuese descubierta. He recibido de tí un ultraje sangriento; me has infamado: me has puesto en el caso de tenerte que dar muerte sin el robo, cosa que no he hecho en mi vida. No te perdono nunca tan mala acción, pero tú puedes conseguir que no vuelva á recordarla. Entra en mi partida, sé mi teniente, y os caso con Sofía. ¿Qué respondes?

JOR. Ni yo seré bandido en mi vida, ni me casaré con la hija de un ladrón.

GUI. Mi respuesta debería ser rebanarte la cabeza, pero quiero dejar que te pase la primera impresión. ¿Pues cómo la querías entónces y ahora nó?

JOR. Entonces ignoraba quién erais vos.

GUI. Ya entiendo. Para robarle la honra importaba poco saber quién era su padre...

JOR. Hice mal, ya lo sé, y estoy pronto á pagar la pena en que incurrí, pero no al precio de mi infamia; no pagaré más que con la vida.

GUI. Olvidas que eres padre; si tú quieres escapar de ser bandido, no escapará mi nieto, como Dios me dé salud. ¡Hola!

ESCENA VI.

Dichos, el ERMITAÑO por la derecha.

ERM. ¿Qué deseais?

GUI. Bajad á este bribón al templo de Satanás á ver si se convierte.

JOR. Vamos, aunque sea al infierno.

ERM. (El mozo no se amedrenta.) (Vánse derecha, Ermitaño y Jorge.)

GUI. ¡Es bravo como una pantera mi futuro yerno! (Vase derecha.)

MUTACIÓN.

La decoración representa las bóvedas de un subterráneo. Al fondo un altar con un busto de Lucifer; á la derecha é izquierda y al fondo adornos que consisten en calaveras, huesos que forman panochas, aves nocturnas é instrumentos de destrucción. Todo tiene que aparentar muy fantástico: un banco de piedra en el segundo término izquierda; una puerta con un rótulo, que dice «Puerta del Infierno».

ESCENA VII.

JORGE, atado de manos, sentado en el banco de piedra. A poco GUILLERMO por el fondo derecha.

JOR. ¡Miserables! ¡injustos! ¡traidores! ¡Madre mía, dadme valor para soportar con calma mi desgracia! (Aparece Guillermo.) ¡Sofía de mi alma! ¡cándida y hermosa como un ángel! ¿qué va á ser de tí? ¿qué será de nuestro hijo?

GUI. Será ladrón.

JOR. ¡Nunca! ¡Miserable! ¡Oh!... (Forzando por romper las esposas que lleva en las manos.)

GUI. ¡Já!... ¡já!... ¡já!... Vaya que lo será, mal que te pese.

JOR. ¡Nunca! repito; antes me quitaréis la vida.

GUI. ¿Digo yo lo contrario? Antes te quitaré la vida, si te empeñas en ello; pero el niño, si Dios quiere que viva, seguirá la profesión de su abuelo. ¡Oh! Si Sofía hubiera nacido muchacho, en vez de darme tantos cuidados, sería mi descanso, y hoy sería un buen teniente de mi cuadrilla.

ESCENA VIII.

Dichos y un BANDIDO por el fondo.

BAND. Mi capitán, el cura que nos habéis mandado que robáramos, ya lo tenemos ahí.

GUI. (A Jorge.) Ya lo oyes, he robado un cura á la religión para que verifique tu matrimonio en esta capilla del diablo.

JOR. Vano empeño emprendéis.

GUI. Eso lo veremos. (Al bandido.) Vamos. (Vanse Guillermo y bandido por el fondo izquierda.)

JOR. (Pausa.) ¡Nunca!... primero prefiero la muerte cien veces, que ser el yerno de ese miserable. Sofía renuncia como yo, y no lo logrará nunca.

ESCENA IX.

Dichos, GUILLERMO, CURA por el fondo izquierda.

GUI. (Al cura.) ¡Oh, si los hombres supieran hacerse cargo de que están expuestos á tener hijas, huirían de los halagos amorosos!... pero ¿á quién se lo estoy contando?

CURA. (A Guillermo.) Os engañáis en eso; pero proseguid.

GUI. (Al cura.) ¡Cómo! ¿Habéis tenido vos hijas también?

CURA. (Idem.) Muchas... Hijas espirituales, se entiende, es decir, todas las que durante mi vida he confesado, y se...

GUI. ¡Oh! No sabéis nada, nada, nada. Lo que confiesan las mujeres es lo de menos. ¡Lo que no confiesan, aquéllo, aquéllo es lo que tiene que entender! En fin, la mujer á quien hube de confiar la educación de mi hija, era tal... que no se opuso á que mi hija diese entrada en su pecho á la pasión del amor. ¡Sí, padre cura! Se enamoró de ese charlatán. (Por Jorge.) Figuraos cuántas necedades y cosas imposibles le daría á entender, que me he encontrado yo abuelo. ¿Comprendéis?

CURA. Sí... creo comprender...

GUI. (Por Jorge.) El mozo ignoraba la profesión que ejercía el padre de su adorada; hay más: nunca se le había ocurrido que su futuro suegro fuese lo que es. No le habría hecho mella que fuese ladrón de curia, ni de hospitales, ni tampoco de escribanía, ni menos de provisiones del ejército, ni de aduanas; pero lo de ladrón de caminos, le ha sentado tan mal, que... ¡cosa particular! no quiere ser yerno mío y yo estoy empeñado en que lo sea.

JOR. (Con energía.) Y no lo seré.

GUI. ¡Miserable!... (Empuña el puñal y váse á Jorge. El cura se interpone entre los dos.)

CURA. ¡Por Dios, capitán! ¡teneos por el cielo...

GUI. ¡Timador de honras!

JOR. (¡Oh!...)

GUI. ¡Hola!

ESCENA X.

Dichos y el ERMITAÑO por la derecha.

ERM. ¿Llamáis, mi capitán?

GUI. Sí; quítame á ese bribón de mi presencia. (Por Jorge.)

ERM. Y ¿dónde se lo guardo?

GUI. ¡En la capilla de la muerte!

CURA. (¿De la muerte...? ¡Dios mío!)

ERM. (A Jorge.) Seguidme. (Vanse Jorge y Ermitaño por la derecha.)

GUI. (Contemplando al cura.) Os ha llamado la atención ver un penitente con nosotros, ¿no es verdad, padre?

CURA. Sí, por cierto. ¿Tampoco tenéis reparo en hacer intervenir en vuestras violencias á ese infeliz?

GUI. ¡Cómo infeliz! ¡Si vierais qué vida se lleva el tunante!... ¡Infeliz! No lo fuerais vos más...

CURA. (Ruborizándose.) ¿Pero es como vosotros, un...

GUI. Un bandido.

CURA. (Santiguándose) ¡Jesús, María y José! y ¿por qué, entónces, profana las santas medallas con que adorna su traje?

GUI. ¡Oh, no creáis que sea por el gusto de profanarlas, nó! Lo hace, como hacemos nosotros la mayor parte de las cosas, resignándonos á la dura ley de la necesidad. A él le repugna tener que llevar encima aquellas piadosas insignias, porque son de plata, y dice con razón que vendidas á un platero sacaría de ellas para beber aguardiente una semana; pero... á ese hombre le conocen muchos agentes de justicia: os diré por qué. Esta guarida del diablo, como yo la llamo, tiene dos puertas. Esa por donde os ha traído robado mi gente y otra que figura ser una ermita, de la que es ermitaño el mozo que acabáis de ver. Algunas veces, al pasar tropas de las que van en persecución nuestra, les ofrece un banco donde descansar y agua clara para apagar su sed, y luego les dice que nos ha visto pasar en tal ó cual dirección, mientras nosotros estamos escondidos á dos pasos y oyendo, como quien dice, lo que están hablando. Os pasma todo lo que acabo de referiros, según parece, padre cura.

CURA. Os confieso en verdad que me habéis llenado de asombro.

GUI. Y vamos á ver, ¿qué es lo que más os admira?

CURA. Es tan sorprendente todo... Sin embargo, lo que más me llama la atención es esto. (Por el altar que hay al fondo.)

GUI. ¡Já...! ¡já...! ¡já...! y ¿qué os parece, señor cura, de lo que estáis viendo?

CURA. ¿Qué queréis que me parezca? Que la depravación humana no tiene límites, y que por todo el oro del mundo no habría yo penetrado jamás en un sitio como éste.

GUI. Por eso mismo os he robado en cuerpo y alma. ¡Además, vos sois cura y yo soy ladrón! Ahí teneis el por qué de esa diferencia. Vos vivís

peleando contra el diablo, que es un enemigo que no se os presenta nunca vivo y palpable. Esa es una guerra muy cómoda, en la cual se pueden dar batallas desde la cama tomando tranquilamente el chocolate. El diablo con quien yo peleo es de más difícil vencimiento, compadre. Las tropas, los arcabuzazos, los presidios, las galeras, tienen una realidad que no llegará á tener nunca el diablo, y para pelear con ellos se necesita un corazón muy templado. Por eso vos os horrorizáis, tembláis, os extremecéis de lo que estáis viendo, y yo puedo reirme de todos esos monigotes y de los terrores y extremecimientos que os causan.

CURA. ¡Ptséh!... mucho habría que replicar á lo que me decís, señor...

GUI. ¿Por qué no me llamáis bandolero ó ladrón sencillamente?

CURA. ¡Hombre!... (Encogiéndose de hombros.)

GUI. ¿No es cierto que lo soy? ¿No os llamo yo cura? Cada cual vive en el mundo según sus inclinaciones: no vayáis á creer que yo me ofenda por eso. Cada vez que tenéis que nombrarme pasáis mil apuros... Vamos, venid. (Le indica que le siga por el segundo término izquierda, el cura obedece, pero al fijarse en el rótulo de la puerta se detiene.)

CURA. ¿Saldremos pronto de sitios tan poco agradables?

GUI. Sí; pero ved antes á dónde se va por esa puerta cuyo rótulo dice ser la del infierno. (Con aire imperativo.) ¡Entrad! (Vánse por el segundo término izquierda.)

ESCENA XI.

ERMITAÑO por la derecha primer término, precipitado, con un puñal desenvainado en la mano.

ERM. (Enérgicamente.) ¡Oh!... ¡no sé por qué en mi pecho arde un volcán! (Recorre toda la escena con paso agigantado por ambas partes; pero cuando llega al segundo término izquierda figura que ve á Guillermo; retírase mirando atrás por el primer término derecha.) ¡Nó!... no puede ser. (Váse derecha primer término.)

ESCENA XII.

El Cura precipitado, por el segundo término izquierda, á poco Guillermo idem con calma, después Ermitaño primer término derecha.

Cura. ¡Eso es horrible! (Señalando por donde ha salido.) (Aparece Guillermo.)

Gui. ¡Já!... ¡já!... ¡já!...

Cura. (Con ademán de súplica.) Hombre, señor capitán, por Dios, que bastante excitados están mis nervios.

Gui. Pero hijo, si este es el cielo de nosotros.

Cura. (Santiguándose.) ¡Ave María purísima! ¡El cielo llama á estos lugares!

Gui. Padre cura, paréceme mentira que hayáis cursado una carrera tan ilustre, para romperos la calabaza en favor de la superstición.

Cura. Pero si desde que me sacaron á la fuerza de mi casa vuestra gente ó diablos á deshora de la noche, no veo mas que visiones; y á fe mía que no sé si estoy vivo.

Gui. ¡Y dale!... con lo supersticioso. ¡Hola! (Aparece el Ermitaño.)

Erm. ¿Llamáis, mi capitán?

Gui. Sí: anda y conduce á mi hija aquí. (Ermitaño vase por el fondo izquierda. Guillermo se sienta en el banco y contempla al cura.) Señor cura, yo no quiero que una persona como vos, trate un día de sueños lo que estáis viendo en realidad, y para ello os voy á contar la historia de este templo. Esto se ha llamado siempre La capilla del Diablo.

Cura. Jesús, María y José. ¿Conque la capilla?... (¡Qué tal sería su capellán!)

Gui. Esto fué en otro tiempo un castillo famoso; dicen que su primer dueño fué hombre de muchos vicios y de corazón muy fuerte.

Cura. Sería lo que llamamos un corazón de piedra. Adelante, adelante si os place.

Gui. Pues bien... De eso hace ya muchos años, ¿entendéis? Cuéntase que ese señor, que si no me engaño se llamaba Ernando, era poseedor de grandísimos caudales y otros bienes de fortuna, y que todo eso lo perdió en breve tiempo.

Cura. Sic transit gloria mundi.

GUI. El hombre se puso frenético, desesperado, porque se encontró con todos sus vicios y sin ningún medio de satisfacerlos; figuraos su situación. Un hombre en ese estado... es como aquello que dicen del que tiene muchos hijos que le piden pan y no tiene qué darles. El pobre se llegó á ver reducido al triste caso de llevar una vida arreglada y metódica, si el método y el arreglo pudo llamarse vida. Un día hizo voto al diablo de entregarle el alma si le sacaba de su miserable estado. Aquella misma noche soñó que cavando en cierta parte de sus tierras había dado con un gran tesoro. Al despertar, mandó hacer excavaciones en el mencionado sitio, y en efecto, dicen, halló punto por punto cuanto en sueños había visto, lo cual constituía una riqueza infinitamente mayor que la que hasta entonces había gozado. Creyó que el diablo le había oído, lo cual demuestra que, á pesar de sus defectos, el hombre á lo menos tenía buena fe, y como prenda de agradecimiento á Lucifer, mandó levantar esta capilla, donde veis que se emplearon mármoles en abundancia, adornos de oro y de colores excelentes, pues en gran parte subsisten todavía á pesar del tiempo transcurrido. De cuando en cuando mandaba celebrar novenas y otras funciones religiosas en honor de Lucifer y de otros diablos menores, y se fué persuadiendo de que por una chiripa había caído en gracia al diablo, que le protegía con especial predilección. Yo no creo nada, señor cura; pero así lo cuentan, y añaden que el hombre pasó la vida manifestando su agradecimiento al señor de los infiernos, ideando cada día un nuevo adorno para la capilla. Yo no quiero creer que del cuernudo haya aquí otra cosa que esas pinturas y esculturas tan necias como costosas; vos opinaréis lo mismo que yo en este punto, y así creo que no tendréis reparo en purificar, bendecir y demás este sitio, para que en él podamos celebrar el enlace... Es la mejor pieza hoy día.

CURA. Pero señor... Guillermo, ¿aún os empeñáis en violentar á ese joven?

GUI. (*Se levanta furioso.*) ¿Que si me empeño? ¡Pues me agrada la pregunta! ¿A qué os he traído

aquí, padre cura? ¿No se han amado hasta ahora? ¿No han hecho lo que les ha parecido sin contar conmigo? ¿De qué se quejan, pues, si yo tomo mi vez y hago también lo que me parezca sin contar con ellos?

CURA. Es que obligar á ese hombre á hacerle... abrazar vuestra profesión... á ser una cosa que él no quiere ser... eso es muy duro.

GUI. ¿Y por ventura quería yo ser abuelo, y me encuentro con que lo soy únicamente porque á ellos les ha dado la gana? Amiguito, donde las dan las toman: el que estuvo á las duras, esté á las maduras, que yo soy quien soy.

CURA. Por otra parte, celebrar un sacramento de nuestra veneranda religión en un sitio como este... vamos, yo...

GUI. (Tengamos la fiesta en paz.) Vos... ¿qué? ¿Por ventura un campo de batalla donde se matan millares de hombres sin saber por qué, es menos infernal que eso? Ea, no vengamos con repulgos que no hacen al caso.

CURA. Señor... es fuerte cosa... Vos, con la vida que lleváis, os habéis figurado que este subterráneo, que esos emblemas, que esa consagración de ideas infernales no tienen nada de particular. Pues yo os aseguro que á mí me ponen carne de gallina.

GUI. (¡Por vida de!...) ¿Si? Eso no es mas que la primera impresión.

CURA. La primera, ¿eh? ¡La tercera, digo yo!

GUI. (¡Vive Cristo!...) Con que la tercera, ¿eh? Bueno, dá lo mismo, contra eso hay un remedio fácil; os dejaré solo aquí mientras voy á visitar el mocito escrupuloso que después de robar á mi hija la inocencia, no quiere emparentar conmigo porque tomo lo que no es mío.

CURA. (*Con sobresalto.*) ¿Qué decís? ¿que me vais á dejar aquí?

GUI. Solo.

CURA. Hombre, señor capitán, no lo hagáis, os lo suplico. Bastante excitada se halla mi imaginación...

GUI. Nada, nada. Aquí se ha de celebrar el matrimonio.

CURA. Pero eso no es bastante motivo para que yo vea aumentar mi padecimiento con la soledad.

GUI. Vamos, que aún me llamaríais inhumano. Os

dejaré acompañado. (Saca el pito del pecho y da dos pitazos.)

ESCENA XIII.

Dichos y Bandidos 1.° y 2.° por el fondo derecha.

1.° } A la orden.
2.° }

GUI. (Se acerca á los bandidos y les habla en silencio: después se vuelve al cura en señal de despedida.) Hasta luego. (Vase, derecha primer término. Los bandidos 1.° y 2.° abren unas puertecitas en la pared derecha al fondo, y sacan un cáliz, una patena, candelabros, etc. El cura mira de vez en cuando temeroso.)

CURA. ¡Cómo! ¡Cáliz! ¡Patena... Candeleros... eso es robado!

1.° Eso y todo cuanto hay aquí. ¡Pues qué! ¿nos lo habían de regalar?

CURA. ¡Jesús! ¡Qué profanación! ¿Y para qué revolvéis ahora todos esos objetos del culto?

2.° Porque el capitán nos dijo que sacáramos todos los enseres de decir misa y pusiéramos el mantel, etc. ¿No es aquí donde vais á hacer el casamiento?

CURA. ¿Eso dice vuestro capitán? (Los bandidos 1.° y 2.° arreglan el altar á punto de decir misa, con los candelabros, con cirios encendidos, etc.)(¡Dios mío!... ¡Dios mío! qué será de mí!)

ESCENA XIV.

Dichos, á poco SOFÍA, CARLOTA con un niño con pañales en brazos y el ERMITAÑO, por el fondo izquierda, GUILLERMO por la derecha primer término.

GUI. (A los bandidos 1.° y 2.°) Vosotros, despejad. (Los bandidos 1.° y 2.° vanse por el fondo, derecha.)

CURA. (Dadme valor, Dios mío.)

CAR. (A Guillermo.) Mirad, señor, ¡qué niño tan rubio y tan lindo! ¡parece un ángel!

GUI. ¡Quita... bruja! Yo también al nacer dicen que era lindo y rubio y parecía un ángel... y ya veis en qué profesión tan distinta de la de los ángeles he venido á caer. Pero vamos al caso. (Hace una seña al cura y se retiran los dos al fondo y habla en voz baja al cura.) Ya que no se muestra propicia á mis voluntades, ya sabéis, señor sacerdote, que mi deseo es verla feliz.

Emplead con ella vuestra ciencia, vuestra autoridad y vuestro talento; desengañadla y traedla á mejor camino.

CURA. Por mí no se mermará vuestro deseo.

GUI. (*Al ermitaño.*) ¡Tú, llévate á esa vieja! (*Vanse Carlota con el niño y el ermitaño por el fondo izquierda.*)

SOF. (¡Dios mío!) (*Guillermo se pasea de un lado á otro; el cura se acerca á Sofía, la coge de la mano y se sientan los dos en el banco.*)

CURA. Os suplico que me escuchéis.

SOF. Dispuesta estoy á oiros.

CURA. Yo no estoy interesado en perjudicaros, sino muy al contrario; considerad que es un sacerdote el que os habla. En estos momentos no obro impulsado por el miedo, codicia ni mala fe, Dios me es testigo. Tengo entendido que os proponen cosa muy justa y conveniente, y me admira que os repugne á vos, que siendo hija del capitán de la tropa que aquí mora, parece que no debíais mostraros escrupulosa en ciertas materias.

SOF. ¿Venís dispuesto á aconsejarme que obre como mujer corrompida? Yo no esperaba de un sacerdote ofensas, sino consuelos. Ya veo de dónde nace vuestro error, y no debo resentirme de. ello. ¿La falta que el amor me hizo cometer, autoriza para que se me crea capaz de incurrir en otras? ¡Ay de mí! Mas á pesar de eso, y del oficio de mi padre y del ejemplo, creedme, buen sacerdote, yo no soy una mujer corrompida ni propensa al vicio. No me neguéis, padre, el consuelo que necesito. (*Llora.*)

CURA. Nó, hija mía. Vamos, suspended el llanto; yo os creo como lo decís, y esos sentimientos os honran sobremanera.

SOF. Considerad, señor cura, que yo ignoraba en la ciudad el oficio de mi padre, el cual nos engañaba diciéndonos á mí y á la dueña que era capitán de navío: un día después de largo tiempo, regresó mi padre á la morada donde me tenía rodeada de toda clase de cuidados: le anuncié mi amor, ¡y se negó redondamente! sin ninguna clase de averiguaciones; ¡yo le amaba á Jorge! ¡como aman los ángeles á Dios! ¡cerróse un velo á mis ojos, y entonces como frágil navecilla luché en la bravía tempestad de los mares del amor! y...

CURA. Ya...

SOF. ¡Ay de mí! Yo me creía hija de un hombre honrado; tenía orgullo en ello... ¡Oh! Cuántas veces sin saber á quién maldecía, maldije á los facinerosos que quitan haciendas y vidas.

CURA. Tranquilizaos, tranquilizaos; ahora no evoquéis esos recuerdos.

SOF. Cuando oía referir acciones de hombres probos y generosos, decía en mi interior: ¡Así debe de ser mi padre!

CURA. Comprendo ese natural deseo: siendo vos buena, imaginábais á vuestro padre bueno, honrado.

GUI. (Furioso.) Nada de eso viene al caso, señor cura.

SOF. (Levantándose.) ¡Oh, padre, padre! Si os enoja ver mi repugnancia por el vicio, ¿por qué me hicísteis educar en la virtud?

CURA. (Levantándose.) ¡Magnífico! Esa chiquilla acaba de darme una lección.

GUI. (Acercándose al cura en son de amenaza.) ¿Qué murmuráis vos?

CURA. ¿Yo? Murmuraba una cosa poco agradable para vos y para mí. Decía yo por lo bajo, que la observación que acaba de hacer vuestra hija es preciosa, y que es una mala vergüenza que se le haya ocurrido á ella y no á un teólogo como yo. Eso es lo que oísteis murmurar: ya veis si soy franco.

GUI. Todo eso no me importa á mí: os han traído aquí á persuadirla á que se casara con el hombre...

CURA. Eso he empezado á hacer; á eso iban encaminadas mis primeras palabras; creo que vos las oísteis.

GUI. Sí; pero en seguida la dejáis hablar á ella, y echáis por esos trigos sin tón ni són. ¡Será cosa de ver que tenga que hacerlo yo, y lo haga mejor que vos! ¿Para qué os sirven las letras? Ea, muchacha, ¿me obedeces, sí ó nó?

SOF. ¡Oh, padre mío!

GUI. Te aconsejo que no me obligues á que haga uso del imperio que puedo ejercer sobre tu amante. A este cura le he traído para que te case con Jorge.

SOF. ¡Imposible!

GUI. ¿Conque imposible, eh? ¡Hola!

ESCENA XV.

Dichos y un BANDIDO por la derecha, primer término.

BAN. ¿Llamáis, capitán?
GUI. Sí. (Se acerca al bandido y le habla en silencio.)
BAN. Está bien. (Vase primer término derecha.)
GUI. (A Sofía.) No hay imposible; lo que se quiere hacer, se hace; tan difícil es decir sí, como nó.
SOF. ¡Dios mío, Dios mío! ¡cómo lo haría yo para que penetrara en vos la razón! ¡El hombre que tanto me amaba, que me ama todavía, se siente poseído de horror al ver que soy hija de un facineroso! ¡El que tantas veces se había formado allá en su imaginación la idea de vivir en el seno de una familia honrada!...
GUI. ¡Dale con lo honrado! Esa gente no vé nada fuera de la honradez.
SOF. Los rasgos de virtud de él, no pueden jamás transigir con formar parte de una cuadrilla de malhechores.
GUI. Bueno, bueno, hablemos menos. Oyeme: tú, que tanto le quieres, vas á contribuir á su muerte. Yo tengo empeño en que mi categoría de jefe de cuadrilla se vaya perpetuando en familia. Si ese hombre no sirve para el caso, le mato y en paz.
SOF. ¡Por amor de Dios, padre!...
CURA. ¡Señor Guillermo!...
GUI. Tenemos que dejar este albergue, y no quiero estorbos al ponernos en camino.
SOF. ¡Oh, qué horror! ¿Seríais capaz de quitarle la vida?
GUI. ¿Yo? ¡Valiente cuidado me daría!
SOF. ¡Por piedad!

ESCENA XVI.

Dichos. JORGE conducido por dos bandidos por el primer término derecha.

SOF. (¡Jorge! ¡En qué estado, Dios mío!) (Vase al lado de Jorge.)

JOR. ¡Sofía, amada mía!
SOF. ¡Jorge de mi alma!
JOR. ¿Y nuestro hijo?
SOF. Lo tiene Carlota, no temas.
JOR. Todo lo temo.
CURA. (Dadme valor, Dios mío.)
GUI. (A los dos bandidos.) Vosotros, despejad. (Vanse los dos bandidos.) (A Jorge.) Señor mío, te aconsejo que escuches las razones de ese sacerdote, si no es que, habiendo ya meditado en tu situación, te hallas resuelto como desearía. ¿Has hecho las debidas reflexiones acerca de lo que te he propuesto?
JOR. Las he hecho.
GUI. ¿Y qué has resuelto?
JOR. Lo sabéis ya.
GUI. (Da un paso hacia Jorge y se detiene.) Pocas veces en mi vida, ¡quizá ninguna desde que soy hombre! me ha sucedido lo que ahora; contrariar los primeros impulsos de mi ánimo, trabarme de razones con los que, hallándose bajo mi poder, se oponen á mi voluntad. ¡No importa! Sea esta la única excepción de la regla. Has venido á la situación en que te hallas, no por culpa mía, sino por la tuya; yo no he puesto nada de mi parte para que tú consumaras la desgracia de mi hija, abusando de su inexperiencia. Podía, sin ser injusto ni tiránico, hundir mi puñal en tu corazón, vengando por mi mano la afrenta que me hiciste, y... sin embargo, no he atentado á tu vida. Te pido la única reparación que cabe en el ultraje...
JOR. (Con altivez.) La única que yo no os puedo dar.
GUI. Piénsalo mucho, piénsalo mucho, te digo. (Empuña el puñal, y vase á Jorge.) ¡Vive el cielo! Ladrón de honras, que aquí mismo he de darte muerte. (Sofía se coloca delante de Jorge impidiendo que Guillermo le mate. El cura se interpone entre ambos.)
SOF. } ¡Por Dios, padre!
CURA. } ¡Guillermo! ¡Deteneos, capitán! ¡Dejad quieto el acero, por el cielo! (Dentro se oye gran tiroteo y choque de armas.)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos, un Bandido por el fondo.

Ban. Capitán, somos perdidos: el ermitaño nos ha vendido, y los arcabuceros han entrado en tropel.

Gui. (Por el ermitaño.) ¡Miserable!

Erm. (Dentro.) ¡Por aquí!

Gui. (Se pasa el puñal á la mano izquierda, y con la derecha saca la espada.) ¡Oh!... (Vase fondo derecha: entra y sale por el mismo sitio desarmado, herido en el pecho, donde lleva ambas manos.)

Sof. (Queriéndole detener.) ¡Deteneos! ¡deteneos, padre mío! (Ermitaño y varios mosqueteros, con las espadas desnudas, por la izquierda.) ¡Mi hijo! ¡Carlota!

Cura. (El cielo nos ha salvado.)

Erm. Están salvados, señorita. (A los mosqueteros.) Apoderaos de ese bribón (por el bandido) como yo.

Ban. (Por el ermitaño.) ¡Miserable, traidor! ¡Antes me arrancarán la vida, que se apoderarán de mí!

Erm. (A los mosqueteros.) ¡A él! (Mosqueteros y bandidos luchan con las espadas.)

Ban. ¡Ay!... asesino... (Muere.) (Ermitaño quita las esposas á Jorge.)

Gui. ¡Miserables! ¡Asesinos! Plaza... plaza... ¡Hija mía!

Sof. ¡Herido! (Abrazándose á Guillermo.) Padre mío.

Gui. ¡Oye, hija mía! (Cae, Sofía y el cura se arrodillan junto á Guillermo.) Ay! Oye, Sofía, hija mía, déjame aprovechar los últimos momentos de mi vida; á la salida del bosque encontrarás una palmera muy gigantesca: pues bien, en su nacimiento hay un tesoro escondido, el cual yo guardaba para tí.

Jor. Señor... (Arrodillándose junto á Guillermo.)

Gui. Ay... Jorge, te... pi...

Jor. Vuestra hija será mi esposa.

Cura. Yo bendeciré su enlace, como ahora os bendigo á vos.

Gui. Gracias, así muero tranquilo. Ay... (muere.)

Sof. ¡Padre! ¡Padre mío!

Cura. ¡Justicia del cielo!

FIN DEL DRAMA.